

*juego el jadeante jabali...—sobrante el zorzal huyó á un campo lleno de cizaña.*

199. Estas reglas deben observarse siempre que no se resientan por ello la propiedad, la exactitud, la claridad y la energía, que son cualidades capitales respecto de la melodía ó suavidad. Sin embargo, sabiendo manejar la lengua, casi nunca faltan recursos para que la expresión sea melodiosa á la par que propia, exacta, clara y enérgica.

200. CONFORMIDAD DE LAS EXPRESIONES CON EL TONO DE LA OBRA.—Como atendiendo al tono dominante de las composiciones literarias, se dividen éstas en *nobles y familiares*, dos grandes clases, que luego se subdividen en varias especies, se han dado los mismos nombres á las expresiones, considerada su conformidad con el tono de un escrito.

La *nobleza*, pues, de una expresión resulta de que sus palabras no sean demasiado comunes, sino de aquellas que son usadas por las personas de fina educación y elevada clase, cuando hablan de asuntos serios é importantes; y la *familiaridad*, por el contrario, de que sean usuales entre la clase media de la sociedad, en la conversación ordinaria y en materias de poca importancia.

Las expresiones propias de las clases menos educadas é instruídas toman los nombres de *bajas, vulgares, triviales, chabacanas*, etc., sin que sea posible fijar exactamente los límites de estas denominaciones.

201. Regla: en escritos elevados y serios no deben usarse expresiones conocidamente familiares, y menos aún expresiones bajas, vulgares y triviales. En todos los escritos, sean serios, sean jocosos, han de evitarse las expresiones ó palabras chabacanas, á no ser que de intento se trate de imitar el lenguaje del ínfimo vulgo, que es quien las usa; porque regularmente son bárbaras ó pecan contra la pureza de la lengua, como el *probe*, el *impusible*, el *hespital*, el *perdicar*, etc., de los patanes.

202. Cuando una expresión añade á las otras buenas cualidades la de la nobleza, se dice que es *elegante*; y

cuando además contiene un pensamiento para cuya explicación parecía difícil hallar una que las reuniese todas, se dice que es *feliz*.

## II.—EXPRESIONES DE SENTIDO FIGURADO

203. Todas las palabras de una lengua fueron primitivamente instituídas en ella, ó en aquella de donde las ha tomado, para designar un solo objeto, sér ó fenómeno, cuando fué necesario darlo á conocer por medio de un signo vocal.

En todas las lenguas muchas palabras han pasado, ó pasan en algunas ocasiones, á significar objetos de cosas distintas de las que primitivamente significaron.

Cuando una palabra se emplea para designar aquel objeto á cuya significación fué primitivamente destinada, se dice que se toma en *sentido propio*; y cuando se usa para designar otro distinto de aquel primero, se dice que está tomada en *sentido figurado*. Por ejemplo: cuando digo *Pedro compró un GALGO*, la palabra *galgo* está usada en sentido propio; y cuando digo *Pedro es un GALGO; no le alcanzará usted...*; aquí la palabra *galgo* está tomada en sentido figurado.

Al uso de las palabras en una significación secundaria, ó en sentido figurado, se da el nombre de *tropo*, palabra griega, que vale tanto como *versión, giro, vuelta*, etc.

204. Adviértase que, como algunas palabras, habiendo pasado de su primera significación á otra secundaria, llegan á usarse exclusivamente en ésta, en tal caso la segunda viene á ser en cierto modo propia, y por lo tanto no se dice ya que hay tropo, aun cuando le hubo al tiempo de la primera traslación. En este caso se hallan las palabras *alma, pensar*, etc. (213).

205. En los tropos hay que determinar su *origen*, sus *especies*, sus *ventajas*, y las *reglas para su uso*.

206. ORIGEN DE LOS TROPOS.—Ante todo haremos presentes ciertos principios relativos al enlace y conexión

que tienen entre sí las ideas, á su importancia relativa, y á las clasificaciones que el hombre ha hecho de todos los objetos á medida que los ha ido conociendo y examinando.

207. En cuanto al *enlace de las ideas*, cualquiera habrá podido observar que muchas veces, al acordarse de una cosa que ha visto, se acuerda también: 1.º, de todas sus partes, cualidades y circunstancias, del lugar en que la vió, de otras que la rodean, etc.; 2.º, de lo que le sucedió antes y después de verla; y 3.º, de otras que ha visto semejantes á aquélla, aunque haya sido en distintos tiempos y lugares.—Este mutuo enlace de las ideas es el fundamento de que las palabras hayan pasado, ó pasen, de una significación á otra.—Ignoramos el por qué y el cómo están unidas y enlazadas las impresiones simultáneas, sucesivas y semejantes; pero el hecho es que se asocian, ó se llaman y evocan unas á otras, y esto nos basta para lo que aquí buscamos.

208. En cuanto á la *importancia relativa de las ideas*, que se hallan como asociadas por uno de los tres principios indicados (*coexistencia, sucesión ó semejanza*), cualquiera habrá podido observar también: 1.º, que entre las cualidades, partes y circunstancias de un objeto cuya impresión recibimos, hay á veces una que atrae más nuestra atención, como entre las cualidades, el color, la figura, el tamaño ú otra; entre las partes, las que primero se presentan á la vista, ó las que están destinadas á tal ó cual uso particular; entre las circunstancias, la materia, el lugar, etc.; y 2.º, que al recordársenos aquel grupo de ideas coasociadas, se presenta siempre á la imaginación con mayor viveza la de aquella cosa que más nos interesó cuando recibimos la impresión total, y señaladamente la de aquella parte, cualidad ó circunstancia que tiene más relación con el uso, fin ó efecto á que atendemos en aquel instante.

209. En cuanto á la *clasificación de los objetos*, hecha por el hombre á medida que se le han ido presentando, bastará recordar que considerado cada sér de

por sí y en cuanto se distingue de los demás, se dice que es un *individuo*. Es imposible dar á cada individuo un nombre particular; y así es que hemos tomado el partido de nombrar con un solo nombre todos aquellos individuos que ofrecen á los sentidos cualidades semejantes y uniformes. De este uso han nacido las clasificaciones mentales que los hombres han hecho de todos los seres que han llegado á conocer; y las abstracciones con que se han representado las series de todos los individuos á quienes dan el mismo nombre, como un todo ideal compuesto de partes homogéneas y similares; á cuya totalidad y reunión de individuos se da en Lógica el nombre de *especie*.—Era imposible dar á cada *canario* un nombre particular, y así es que llamamos *canarios* á todos los individuos que se nos ofrecen con cualidades semejantes y uniformes. La reunión de todas las avecillas que toman el nombre *canario*, forma, en Lógica, una *especie*.

Todas las especies parecidas, ó que presentan ciertos caracteres análogos, forma, en virtud de nueva abstracción, una serie más extensa, ó un nuevo todo ideal, que se llama *género*.

Cierto número de géneros, conformes en tales ó cuales caracteres, constituyen una clase ó un género más universal.

Y así sucesivamente se van formando clases superiores ó géneros más universales, hasta parar en el supremo y universalísimo, que es el designado con la palabra *sér* ó *ente*, el cual abraza todo lo que existe, ha existido ó puede existir, de cualquier modo que sea.

210. En estos tres hechos (*asociación de ciertas ideas, importancia relativa de alguna de ellas en cada caso particular, y clasificación mental de los objetos*) está fundada toda la teoría de los tropos. Ellos explican su origen, en ellos se funda su clasificación, y de ellos se deducen sus ventajas, así como las reglas para usarlos con oportunidad.

211. Se ha dicho que *la necesidad y el placer* han sido los dos motivos que tuvieron los hombres para dar

á una misma palabra dos ó más significaciones (\*). Otros han referido el origen del lenguaje trópico á la imaginación, á las pasiones y á la ignorancia misma de los hombres. Pero, bien examinado el punto, se puede asentar que el origen de los tropos no es otro que la necesidad variada y diversificada, según los diferentes efectos que el hombre ha tenido y tiene que producir por medio de la palabra.

212. En efecto; siendo imposible dar un nombre particular ó propio á cada individuo de la naturaleza, resulta claro que fué para los hombres una *necesidad* el extender á la serie entera de individuos semejantes el nombre que habían impuesto al primer individuo que conocieron en ella.—Supongamos que *ciprés* fuese la palabra que inventó el primer hombre para designar el árbol que hoy conocemos con este nombre. Aquella palabra, en el principio, no pudo ser más que un nombre propio. Supongamos que el mismo primer hombre viese sucesivamente otros cipreses, y entonces es evidente, por lo que dejamos dicho, que les daría á todos el mismo nombre de *ciprés* que había dado al primero. He aquí, pues, este nombre propio transformado en apelativo: es decir, que habiendo significado al principio un solo individuo, pasó á significar la especie entera.

He aquí los tropos nacidos de una primera *necesidad gramatical*.

212. Es imposible, por otra parte, reducir á imagen las ideas de las cosas inmateriales, como no le demos cuerpo, como no nos las figuremos corpóreas y semejantes ó análogas á algunos de los objetos materiales que conocemos ya por los sentidos. Fué de consiguiente otra *necesidad* también el hacer que la palabra que significaba objetos materiales pasase á significar objetos inmateriales. Para dar nombre á la *reflexión*, al *juicio*, á las pasiones,

(\*) *Modus transferendi verba* (dice CICERÓN) *late patet: quem necessitas primum genuit, coacta inopia et angustiis postea autem delectatio jucunditasque celebravit.*

al movimiento, á los fenómenos de la naturaleza, á las abstracciones en general, fué necesario echar mano de palabras que servían para designar objetos físicos ú operaciones materiales. He aquí, pues, los tropos nacidos de una segunda *necesidad ideológica*.

Aquí conviene hacer dos observaciones, para que mejor se comprenda lo relativo á la necesidad ideológica:

1.<sup>a</sup> Entre las palabras que de significar objetos materiales pasaron luego á significar también los que no lo son, unas han perdido su primera significación, conservando sólo la segunda, la cual, por consiguiente, ha venido á serles en cierto modo propia: tales son las palabras *alma*, *pensar*; y otras han conservado ambas; tal es, por ejemplo, la palabra *seso*, la cual, habiendo significado primero el cerebro, ó la masa visceral contenida en el cráneo, pasó, por la razón que luego se dirá (217), á designar la parte intelectual del hombre, el juicio, la prudencia, la madurez, etc., cuyas significaciones secundarias conserva, pero sin haber perdido la primera.

2.<sup>a</sup> Muchas palabras han sido trasladadas de los objetos materiales, no á los espirituales, sino á otros igualmente materiales y de muy distinta especie. Tal es, por ejemplo, la palabra *tronco*, que, habiendo significado primeramente una parte de los vegetales conocida con este nombre, pasó á designar otras cosas, materiales sí, pero de muy distinta naturaleza, como el padre común de quien procede alguna familia, el cuerpo humano, cortada la cabeza, pierna ó brazos, el par de mulas ó caballos que tiran del coche, enganchadas al juego delantero, llevando en medio la lanza, etc.

Cuando las varias significaciones de una palabra son todas de objetos materiales, es á veces difícil distinguir cuál de ellas es la primitiva; mas, para conocerlo, téngase por regla general que será la de aquel objeto que primero debieron conocer los hombres. Así, en el ejemplo propuesto, la significación primitiva de *tronco* debe ser la referente á árbol ó planta, porque los hombres antes vieron árboles y plantas, que pensar en genealogías, en anatomías ó en coches. Esta traslación

de una significación material á otra que igualmente lo es, debió su origen á la necesidad, lo mismo que la transformación de los nombres propios en apelativos; y aun, en rigor, puede decirse que es la misma cosa.

214. A las dos necesidades de que hemos hecho mérito, y que pueden considerarse como necesidades de la lengua, hay que añadir la necesidad del escritor. Del enlace de las ideas, y del fenómeno de presentársenos en ciertos casos coasociadas (207 y 208), resulta que cuando hablamos agitados de alguna pasión, y en aquellos movimientos repentinos en que la imaginación acalorada tiene más parte en la elección de las expresiones que el frío examen de la meditación, empleamos para designar las cosas, no sus nombres propios, sino los de aquellas accesorias que más fuertemente nos conmueven. En esto, como se ve, procedemos impelidos de la vehemente *necesidad* que experimentamos de comunicar á los otros las ideas, no de cualquier modo, porque esto no nos satisface, sino con la misma fuerza y energía, y, por decirlo así, con el mismo colorido con que en aquel momento se presentan á nuestra imaginación. Esta *necesidad moral* es la que más ha extendido el uso del lenguaje figurado; pues lo que es una necesidad verdadera y muy real en el que habla agitado de una pasión violenta, ha venido á ser una necesidad facticia en el que ha tenido que imitar el lenguaje vivo, animado, y pintoresco de la imaginación y de las pasiones. Y como esto es propio de los poetas y oradores, de aquí es que se ha mirado como exclusivamente reservado á ellos el lenguaje figurado; pero en realidad se extiende á todo género de escritos. Porque entre todos los asuntos que pueden ofrecerse, apenas hay uno en que no tengan alguna parte la imaginación y las pasiones, y en que, de consiguiente, no sea necesario imitar más ó menos su lenguaje.

215. Resumamos; el origen de los tropos se explica: 1.º, por la *necesidad gramatical* de extender la significación primitiva desde un solo individuo á toda la especie entera, y aun á otras clases distintas; 2.º, por la *necesidad ideológica* de trasladar los nombres de los obje-

tos materiales á los inmateriales; y 3.º, por la *necesidad moral* de que los signos de las ideas coasociadas se substituyan unos á otros.

216. ESPECIES DE LOS TROPOS.—Como el sentido figurado se funda en la conexión que tienen entre sí la idea del objeto primitivamente designado por las palabras, y la del otro ú otros á que se extienden ó trasladan; y como esta conexión se forma entre las impresiones por coexistencia de lugar (*simultáneas*), por inmediata sucesión de tiempo (*sucesivas*), y por semejanza de cualidad (*semejantes*), es evidente que no puede haber más de tres especies de tropos, en cada una de las cuales se distinguen luego, para mayor claridad, varios modos de verificar la traslación. La primera especie es la *sinécdoque*, la segunda se llama *metonimia* y la tercera *metáfora*.

217. *Sinécdoque*.—*Sinécdoque* es palabra griega, que significa literalmente *compresión* (de *syn*, con, y de *chô-mai*, tomar, recibir, coger, *capere*, esto es, *con-cepción*, compresión) y designa el tropo por el cual las palabras pasan á significar uno ó más objetos distintos del primero, á consecuencia de hallarse enlazada la idea de éste con la de aquél ó aquéllos, en virtud de haber sido simultáneas las impresiones que las produjeron.

218. Las traslaciones por sinécdoque se verifican de los modos siguientes:

1. *Poniendo el nombre de un todo por el de alguna parte*, como cuando se dice «blanquear el hospital», «pintar la casa», en cuyas expresiones las palabras *hospital* y *casa*, que ordinariamente significan el todo del edificio, designan ahora las paredes solas;—ó *poniendo el nombre de una sola parte por el todo*, como cuando decimos que Fulano posee *dos mil cabezas* de ganado, en cuyo caso la palabra *cabeza*, nombre de una parte de la res, se emplea para designar el todo del animal.

2.º *El género por la especie*, como cuando decimos «el bruto saltó la barrera», donde la palabra genérica *bruto* se aplica al toro ó á otra especie de animal;—ó *la especie por el género*, como decir: «Fulano no tiene una

peseta», en cuya expresión la palabra *peseta*, nombre de una especie particular de moneda, designa toda moneda en general.

3.º *La especie por el individuo*, ó (gramaticalmente hablando) el nombre apelativo por el propio, como el *Evangelista*, por San Juan; el *Profeta*, por David;—ó *el individuo por la especie* (el nombre propio por el apelativo), como Fulano es un *Demóstenes*, en vez de un enérgico orador.

Muchos autores forman de este modo de traslación de la sinécdoque un tropo distinto, que se llama *antonomasia*; y dicen que se comete poniendo la calidad por la cosa calificada, como el *Sabio* (calidad) por *Salomón* (cosa ó persona calificada); ó poniendo un nombre propio por otro común, como decir es un *Nerón*, en lugar de es un hombre *cruel*.—Y ¿qué es esto, sino poner la especie por el individuo y el individuo por la especie? ¿Qué es la *antonomasia*, sino un modo de traslación de la *sinécdoque*? Ninguna necesidad hay, pues, de que la *antonomasia* forme un tropo distinto.

4.º *El plural por el singular*, como «los Homeros, los Virgilio, los Tases, han muerto sin posteridad»;—ó *el singular por el plural*, como «el alemán es mediatario, el inglés es ladino, el francés es novelero, etc.»; siendo así que en este último caso, por los singulares *alemán, inglés y francés*, quiero designar el conjunto de todos ó de la mayor parte de los alemanes, ingleses y franceses.

En seguida de este modo de traslación ponen algunos autores la que llaman de *número determinado por indeterminado*, como «Viva usted mil años», por muchos años; «se lo he dicho un millón de veces», por muchas veces, etc. Pero si examinamos bien estas expresiones, veremos que en ellas no hay verdadero tropo, sino una especie de exageración ó hipérbole (95).

5.º *La materia de que una cosa está formada, por la cosa misma*, como el plomo por la bala, el hierro por la espada, etc.

6.º *El continente por el contenido*, ó lo que es lo mismo, *el nombre del lugar ó paraje donde se halla una cosa por el*

*de la cosa misma*. Ejemplos: «se amotinó el cuartel», en lugar de los soldados ó de la tropa que en el cuartel había; «Inglaterra es tenaz en sus propósitos», en lugar de los *ingleses* son tenaces, etc.

A este modo de traslación se refiere comunmente el uso de dar á algunos productos ó artefactos el nombre de la ciudad, villa ó provincia donde se cosechan ó fabrican, como cuando se llama *Burdeos* el vino cosechado en el distrito de aquella ciudad; *Ruan* el lienzo fabricado en la ciudad de este nombre, etc. Pero tales expresiones no son verdaderos tropos, sino *elipsis* autorizadas por el uso, y equivalentes á la expresión plena *vino cosechado en Burdeos, lienzo fabricado en Ruan*, etc.

Lo mismo debe decirse de las expresiones «beberse un vaso de vino», «apurar una copa», «servir el cocido», etc. No son realmente tropos, sino licencias de sintaxis.

En consecuencia del uso de poner el nombre del lugar donde una cosa está ó reside por el de la cosa misma, los nombres de aquellos órganos que bien ó mal se consideran como asiento de las facultades intelectuales y de las pasiones del hombre, se toman por las facultades y pasiones mismas. Ejemplos: «tiene buen corazón»; «no tiene seso»; «tiene malas entrañas»; «mala sangre tiene»; «le faltan pulmones»; «el egoísta tiene el corazón en la cabeza»; *Venter non habet aures*, etc.

7.º *El signo por la cosa significada*. Aquí se refiere el uso de indicar: 1.º, las dignidades y las personas que las obtienen, por sus distintivos ó insignias, como la *tiara* por el pontificado, la *mitra* por el episcopado; es el *bonete* más docto de la diócesis, por el *cura* más docto, etc.;—2.º, las naciones por sus escudos de armas, como la España por el león, el Imperio Otomano por la Media Luna, etc.;—y 3.º, las divinidades del paganismo por sus atributos, como Neptuno por el tridente, Mercurio por el caduceo, etc.

8.º *El abstracto por el concreto*, esto es, el nombre abstracto de una cualidad por el adjetivo que la expresa como existente en algún sujeto. Así decimos *la ju-*

*ventud es presuntuosa*, para expresar que los jóvenes suelen presumir demasiado de sus fuerzas.—En las locuciones de esta clase hay además una especie de *propopeya* (102), por la cual, dando una como existencia material á los seres abstractos, les atribuimos cualidades que en rigor sólo se hallan en los seres reales.

219. Estos modos de traslación, de los cuales unos se atribuían hasta ahora á la *sinédoque* ó á la *metonimia* y otros constituían tropos distintos, deben referirse todos á la *sinédoque*, porque en ellos el signo propio de una idea se emplea para designar otra con la cual está enlazada por el principio de *coexistencia*, ó en virtud de la simultaneidad de las impresiones. En efecto: es claro que los nombres del todo y de la parte, del continente y del contenido, de la cualidad y del sujeto en quien se halla, de la materia y de la cosa que con ella se hace, de las insignias ó símbolos de una persona y de su dignidad, se substituyen uno por otro, porque estando unidas en nuestro ánimo las ideas de todas estas cosas, como lo están entre sí en la naturaleza las cosas mismas, se nos presenta una de ellas, en ciertas ocasiones, con preferencia á su correspondiente.

No será inútil prevenir, para que se vea por qué pertenecen á este primer tropo las traslaciones de esta clase, que el tomarse el género por la especie, ésta por el individuo, y el plural por el singular, ó al contrario, es en substancia lo mismo que poner el todo por la parte, ó viceversa; pues los géneros, las especies, los individuos y los números, son respectivamente todos y partes en el orden lógico ó metafísico, y sus ideas siguen en su enlace y relación las mismas leyes que las de los objetos físicos.

220. *Metonimia*.—También es *metonimia* palabra griega que, traducida en una sola castellana, significa *transnominación*, esto es, la acción de nombrar una cosa que es antes con el nombre de otra cosa que es después, y al contrario. El nombre *metonimia* conviene, pues, perfectamente á las traslaciones de la segunda especie, en las cuales el signo de una idea se emplea por el de otra con la cual está enlazada por la ley de inmediata

sucesión, es decir, porque fueron sucesivas las impresiones que las produjeron.

221. Los modos de verificar la traslación metonímica son los siguientes:

1.º *El antecedente por el consiguiente*, es decir, el nombre de una cosa que, según el orden de la naturaleza, ó según las instituciones humanas, antecede á otra, por el de esta misma; como *vivió por ha muerto*;— ó *el consiguiente por el antecedente*, como «los graneros rebosaron», en vez de «hubo buena cosecha.»

Nótese que á este uso de poner el signo de una idea consiguiente por el de su antecedente, se deben la mayor parte de las acepciones secundarias, pero constantemente usuales, de las voces.

2.º *La causa por el efecto*; como *sol fuerte*, en vez de calor fuerte,—ó *el efecto por la causa*; como «el monte Pellion no tiene umbrías», por significar que no tiene árboles, que son los que causan la sombra; «las canas deben ser respetadas», en cuya locución *canas*, significa *vejez*, que suele ser la causa de las canas.

3.º *El inventor por la cosa inventada*.—Aquí se refieren las expresiones poéticas en que los nombres de las divinidades gentílicas se ponen: 1.º, por los de aquellas cosas que, según la opinión vulgar, habían inventado, como *Céres por pan*, *Baco por vino*; y 2.º, por los de otras de las cuales se les creía númenes tutelares, como *Marte por la guerra*, *Minerva por las ciencias*, etc.

4.º *El autor por sus obras*. Así decimos «leo á Cervantes, Moratín, Chateaubriand, etc.», por «leo las obras de Cervantes», etc.

Es de advertir que no todas las expresiones en que para designar un libro se nombra á su autor, son verdaderos tropos; algunos son simples elipsis. Tal es ésta: «Tengo un Horacio de Venecia», lo cual no es más que una elipsis de la siguiente construcción plena: *Tengo un ejemplar de las obras de Horacio, impresas en la ciudad de Venecia*.

5.º *El instrumento con que se hace alguna cosa, por la manera de hacerla, ó por la persona que la hace*. Así

se dice *estilo* (punzón con que escribían los antiguos) por *manera de escribir*; *tener buenas manos* por *trabajar bien*; *plumas muy juiciosas han tratado el punto de los tropos*, por *escritores muy juiciosos*, etc.

222. Conviene observar que de los cinco anteriores modos de traslación metonímica, los cuatro últimos son meras variedades del primero; pues el inventor y la cosa inventada, el autor y sus obras, el instrumento y lo que con él se hace, no son más que causas y efectos de diferentes clases, y toda causa y efecto son un antecedente y un consiguiente.

223. Observaremos también que del modo de antecedente por consiguiente hacen algunos un tropo particular, que llaman *metalepsis*: pero bien se ve que esto no es más que un lujo de denominaciones.

224. *Metáfora*.—Esta palabra significa literalmente *traslación*, nombre genérico que conviene, sin embargo, con más propiedad á las traslaciones de esta tercera especie, que son aquellas en que se da á una cosa el nombre de otra con la cual tiene alguna semejanza. Las traslaciones llamadas *metáforas* son las más usuales é importantes de todas.

225. Fúndanse las metáforas en la unión y enlace con que se presentan en nuestro ánimo las ideas de los objetos que tienen entre sí alguna semejanza. En virtud de esta conexión de las ideas, cuando nos acordamos de un objeto, se nos recuerdan también otros que se le parecen, y señaladamente aquellos que le son semejantes en la cualidad ó circunstancia determinada que en aquel instante contemplamos. Esta presencia simultánea de las dos ideas hace que necesaria, y aun involuntariamente, observemos aquello en que convienen ambos objetos. Y, por último, es constante que muchas veces, cuando hablamos de un objeto, necesitamos dar á conocer, no sólo el objeto mismo, sino también la semejanza que hemos observado entre él y el otro que se le parece, porque esto servirá para que se le conozca mejor, viendolo que tiene de común con otro que ya no es conocido. Tales son los hechos en que se funda la traslación llamada *metáfora*.

226. El dar á conocer los dos objetos semejantes puede hacerse de dos maneras: 1.º, diciendo expresamente que una cosa es semejante á otra bajo tal ó cual aspecto, formando lo que se llama una *comparación* (83); 2.º, poniendo el nombre de ésta por el de aquélla, ó, lo que es lo mismo, cometiendo una *metáfora*.—Ejemplos: *Los que gobiernan son como los astros, brillan mucho, pero nunca descansan* (F. Bacón): esto es una comparación. *La atención es el buril de la memoria* (De Levis): esto es una metáfora.

227. La metáfora, pues, consiste en dar á un objeto el nombre de otro con el cual tiene alguna semejanza. En el ejemplo que acabamos de citar la metáfora está en llamar *buril de la memoria* á la *atención*, en virtud de la semejanza que hallamos entre parar la atención y burilar.

228. La metáfora es, por lo mismo, una comparación abreviada, un simil expresado bajo una forma compendiosa. Se supone que la una cosa es tan semejante á la otra, que, sin hacer expresamente la comparación entre ellas, como en el simil formal, se puede poner el nombre de la una en lugar del nombre de la otra. Así, por cuanto los ventajosos defectos que producen en el orden moral las obras y los consejos de un sabio filósofo son muy parecidos á los que producen en el orden físico los faros que en las costas y sitios peligrosos se ponen para que sirvan de guía á los navegantes, decimos: «Un sabio filósofo es el faro de la humanidad.» Por igual razón de íntima semejanza se ha dicho: *El arrepentimiento es la aurora de la virtud* (Karamsim). *Una revolución es un bautismo de lágrimas y de sangre* (\*\*). *El gran mundo es un baile de máscaras* (Marmontel). *Las reformas son los pararrayos de las revoluciones* (G. de F.) *El sepulcro es el crisol de la gloria* (\*\*).

229. En la metáfora no hay ni puede haber varios modos de verificar la traslación, porque siempre consiste en substituir al signo de una idea el de otra semejante. Se pueden, empero, distinguir tres variedades en la metáfora.

1.ª Si en una frase no hay más que un solo término

metafórico, como en la citada de «Un sabio filósofo es el faro de la humanidad», la metáfora se llama *simple*.

2.<sup>a</sup> Si en una frase hay dos, tres ó más términos metafóricos, con otros de significación literal, como en ésta «Un sabio filósofo es el faro que sirve de guía á la humanidad», la metáfora se llama *continuada*.

3.<sup>a</sup> Si todos los términos de una expresión son metafóricos, como en esta frase: «Desapareció el faro cuyas luces servían de guía», la metáfora toma entonces el nombre de *alegoría*.

230. Las alegorías se diferencian de las metáforas continuadas, porque en aquellas las expresiones pueden entenderse tanto en el sentido propio como en el figurado; al paso que en las metáforas continuadas las palabras de significación literal que se mezclan con las metafóricas determinan necesariamente significación. En las alegorías, sólo por el contexto y demás circunstancias se viene en conocimiento de su verdadero sentido, pues la expresión por sí sola es tan verdadera en el propio como en el figurado. Y de aquí resulta que de las alegorías algunas pueden ser equívocas; pero ninguna de las metáforas presenta jamás ambigüedad, mientras por otra parte, los términos estén bien escogidos y la cláusula bien construida.

Recuérdese, á mayor abundamiento, lo que dijimos de la *alegoría* considerada como figura oblicua (105).

231. Por lo expuesto se ve cuán exactamente hemos dicho al principio (224) que el nombre genérico *traslación* (metáfora) conviene con más propiedad á la especie de tropos que nos ocupa, que á la sinécdoque y á la metonimia. Con efecto, en estas dos últimas especies la significación de las palabras se extiende ó se limita, pero no se traslada enteramente. En las sinécdoques y metonimias, la palabra que se dice trasladada designa, en todo ó parte, el objeto que suele designar en su acepción literal; pero en la metáfora la significación de la palabra se *traslada* enteramente, y por lo mismo ni en todo ni en parte designa el objeto que suele designar en su acepción literal. Ejemplos: cuando

por sinécdoque hemos dicho *dos mil cabezas de ganado*, la palabra *cabezas* designa todavía una parte de la res; cuando por metonimia hemos dicho *sol fuerte*, hemos extendido la significación de la palabra *sol*, pues con ella indicamos, no sólo el astro de este nombre, sino también el efecto que produce su presencia, en lo cual está el tropo; pero cuando por metáfora llamamos á un sabio filósofo *faro de la humanidad*, la palabra *faro* no significa ya la torre alta hecha para poner en la parte superior luces que sirvan de guía á los navegantes, ni las mismas luces, ni nada absolutamente del faro físico, sino una cosa del todo distinta, un *sabio filósofo*; la traslación de significado no puede ser más completa.

232. Concluiremos recorriendo las varias cosas que por algunos han sido contadas como tropos distintos de los tres que nosotros admitimos. Son las siguientes: *anonomasia*, *metalepsis*, *alegoría*, *alusión*, *hipérbole*, *descripción*, *atenuación*, *perífrasis*, *ironía*, *hypalage*, *onomatopeya*, *silepsis oratoria*, *catacrexis* y *eufemismo*.

La *anonomasia* se refiere á la sinécdoque (218); la *metalepsis*, á la metonimia (223); y la *alegoría*, á la metáfora (229).

La *alusión*, el *hipérbole*, la *descripción*, ó *hipotiposis*, la *atenuación*, la *perífrasis* y la *ironía*, son figuras de las cuales hemos tratado respectivamente en los párrafos 106, 95, 60, 107, 120 y 111.

La *hypalage* es una licencia ó figura de sintaxis.

La *onomatopeya* no es más que la cualidad que tienen algunas palabras de imitar, por los sonidos de que constan, el sonido de algunos cuerpos, cosa que nada tiene que ver con el sentido en que se toman.

Así solamente puede quedar alguna duda respecto de la *catacrexis*, de la *silepsis* y del *eufemismo*; pero con sólo explicar lo que se entiende por cada uno de estos nombres, se verá que no son especies nuevas de tropos, sino ciertos modos de usar los tres ya explicados.

233. Se llama *catacrexis* (voz griega que literalmente quiere decir *abuso*) el empleo que se hace de una pa-